

mayor parte de los guerreros de la república, quedándose con sólo unos cinco ó seis mil. (1)

Al siguiente día, catorce de Octubre, al acercarse los castellanos á Cholollan, salieron de la ciudad hasta diez ó doce mil personas con flores, pan, aves y frutas; divididos en grupos, cada uno llegaba á los blancos dándoles sus regalos y cediendo el lugar al grupo inmediato; salieron también los señores principales, obsequiaron á Cortés, y como advirtiesen los guerreros tlaxcalteca, le rogaron no les permitiese entrar armados en la ciudad, cosa que les fué otorgada mandando á aquellos tercios acamparan fuera en el campo. "E entrando por la ciudad, salió la demás gente que en ella había, por sus escuadrones, saludando á los españoles que topaban, los cuales íbamos en nuestra orden; é luego tras esta gente salió toda la gente, ministros de los que sirven los ídolos, vestidos con ciertas vestimentas, algunas cerradas por delante como capuces, é los brazos fuera de las vestiduras, é muchas madejas de algodón hilado por orla de las dichas vestiduras, é otros vestidos de otras maneras; muchos dellos llevaban cornetas é flautas tañendo, é ciertos ídolos cubiertos é muchos encensarios, é así llegaron al marques é despues á los demás echando de aquella resina en los encensarios." (2) En calles y azoteas la apiñada muchedumbre veía con asombro á los extranjeros, formando curiosos comentarios acerca de su porte, armas, aspecto y andar de los caballos nunca vistos por ellos, aterrándose con lebreles y alanos á los cuales comparaban con tigres y leones. En medio de aquel, más estupor que regocijo, los blancos fueron llevados con gran solemnidad hasta aposentarlos en espaciosas cuadras, en donde quedaron cómodamente alojados con sus amigos los cempoalteca y los de Iztacmaxtitlan: trajéronles en seguida de comer. (3)

Realidad ó preocupacion, D. Hernando halló confirmadas algunas de las noticias dadas por los tlaxcalteca; vió cerrado el camino real y abierto otro nuevo, algunos hoyos, aunque no muchos, tapiadas algunas calles de la ciudad, y piedras en las azoteas. En Cho-

(1) Cortés, Cartas de Relac., pág. 64.—Bernal Díaz, cap. LXXXII.—Gomara, Crón. cap. LVIII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.

(2) Relac. de Andrés de Tápia, pág. 573.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXXII.—Gomara, Crón. cap. LVIII.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.

lollan encontró nuevos mensajeros de Motecuhzoma, quienes sólo le dijeron ventan á informarse de los embajadores que le acompañaban, si con él habían tenido concierto y cuál era para irlo á decir á su señor; hecho lo cual se tornaron á México llevándose consigo al principal de los embajadores antiguos. (1) En los tres días siguientes proveyeron los indios cada vez peor de comer; principales ni sacerdotes ventan al alojamiento de los blancos y si algun natural venía era como burlando: algunos ancianos traían agua y leña, excusándose de dar víveres por faltar el maíz. (2)

Los embajadores mexicana disuadían de continuo á D. Hernando de pasar á México, diciéndole unas veces, no fuese porque el emperador se moriría de susto al verle; otras ocasiones que no había camino para ir; ya que allá no había provisiones con que mantenerle ahora que había lagartos, tigres, leones y muy bravas fieras las cuales podrían dar muerte á él y á los suyos. (3) Conócese á primera inspeccion el torpe manejo de Motecuhzoma; por todos los medios posibles quiso arrancar á los blancos de Tlaxcalla, á fin de apartarlos de la alianza concertada con la señoría; logrado á su parecer el objeto con hacerlos venir á Cholollan, cual si tratara con imbéciles ó niños, proseguía su desacertado plan de apartarlos de México por medio de obstáculos conocidamente ridículos y mentirosos. Suponemos también, que la supersticion jugaba gran papel en traer á los hombres blancos y barbudos á la ciudad de Quetzalcoatl; el desatinado emperador esperaba ver cómo el antiguo profeta reconocía á sus descendientes, cómo se comportaban entre sí los dioses venidos por Oriente. La verdad es, que D. Hernando se burlaba de las palabras de los embajadores.

Aquella falta de atenciones puso perplejo á D. Hernando. Llamado el cacique principal á otros principales en su lugar, se excusaron con pretexto de estar muy enfermo él y ellos. Con sus solda-

(1) Bernal Díaz, cap. LXXXVIII, dice que llegaron nuevos embajadores mexicana y reunidos con los antiguos hicieron entender desabridamente á Cortés, de parte de Motecuhzoma, no fuese en manera alguna á México, pues no tenía que darles de comer, el general les respondió con palabras blandas, se maravillaba que tan poderoso señor tuviese tantos pareceres, que no se marchasen como querían, pues al día siguiente emprendería con ellos el camino de la capital: ellos prometieron esperar.

(2) Cartas de Relac., pág. 65.—Bernal Díaz, cap. LXXXVIII.

(3) Relacion de Andrés de Tápia, pág. 574.—Gomara, Crón. cap. LIX.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.

dos hizo llevar del vecino templo dos papas, quienes resultaron ser de los principales, y preguntándoles la causa de andar amedrentados y que el señor no quería venir, respondió el más caracterizado, que los sacerdotes no tenían temor ninguno, é iría á llamar al cacique. En efecto, vino el principal con algunos nobles, á quienes por medio de los intérpretes se preguntó por cuál razon faltaban los bastimentos; si era porque los blancos estaban ahí, depusieran la pena, pues al siguiente dia pensaban tomar el camino de México, á cuyo efecto sólo pedían los tamene necesarios para conducir el fardaje y víveres por aquella noche. ¿Tan turbado estaba el señor que no acertaba á responder; mas al cabo dijo, buscaría la comida, aunque Motecuhzoma había mandado no se diera, ni quería que los blancos pasasen adelante. En esta sazón se presentaron tres cempoalteca avisando haber ciertos reparos en algunas calles, se veían hoyos disimulados con madera y tierra y estacas agudas en el fondo, destinados á matar los caballos, en las azoteas había piedras y reparos de adobes. Vinieron en seguida ocho de los tlaxcalteca del campo avisando haber tenido lugar un sacrificio al dios de la guerra con dos hombres y cinco niños; mujeres y niños abandonaban la ciudad llevando sus haciendas. Por último, Doña Marina dijo á Aguilar, que una vieja, esposa de uno de los principales capitanes de la ciudad, dolida de su hermosura y queriéndola casar con un hijo suyo, pues la veía rica, le había propuesto abandonara á los blancos porque iban á ser destruidos; ella, la lengua, había aparentado admitir el partido á fin de informarse de los pormenores de la conjuración, y una vez logrado, con pretexto de recojer su hato para volverse á la vieja, se había ido para el alojamiento. Por medio de Doña Marina fueron traídos los dos sacerdotes del principio y la anciana solicitadora, confesando todos la verdad de la conspiración. (1)

De los diversos testimonios recojidos por medio de los intérpretes resultó que Motecuhzoma había dado órdenes contradictorias, ya previniendo se hiciera en la ciudad toda honra á los blancos, encaminándolos despues á México, ya enviando á decir no era de su volun-

(1) Cartas de relac. pág. 65.—Bernal Díaz, cap. LXXXIII.—Gomara, Crón, cap. LIX.—Herrera, déc. 11, lib. VII, cap. I.—Torquemada, lib. IV, cap. XXXIX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla. MS.

tad aquel viaje: mirando la resolución de los extranjeros de pasar á la córte, no obstante los obstáculos que se les habían puesto, aconsejado por Huitzilpochtli y Tezcatlipoca había resuelto apoderarse de los castellanos, haciéndolos llevar atados á Tenochtitlan. Para ejecutar aquel concierto, en señal de mando había enviado un tambor de oro al marido de la vieja: parte en unas barrancas vecinas, parte ya dentro de la ciudad, había veinte mil guerreros méxica: en cuanto al modo, los chololteca traerían al dia siguiente los tamene que para el viaje se les habían pedido, que serían guerreros escogidos, armados y en mayor número del demandado; cuando los hombres barbudos se pusieran en marcha, dentro de la ciudad si la ocasión era propicia, ó en las barrancas de las cercanías, chololteca y méxica caerían sobre los extranjeros y sus aliados; tomarían vivos cuantos se pudieran, de los cuales veinte quedarían en Cholollan para ser sacrificados á Quetzacoatl, siendo conducido el resto á Tenochtitlan: prevenidas estaban las colleras, pértigos y correas para asegurar los cautivos. (1)

En semejante situación D. Hernando reunió un consejo de capitanes; opinaron unos torcer el camino por Huexotzingo; ocurrió á otros concertar cual se pudiera la paz, retirándose en seguida á Tlaxcalla; "otros dimos parecer que si aquellas traiciones dejáramos pasar sin castigo, que en cualquiera parte nos tratarían otras peores, y pues que estábamos allí en aquel gran pueblo é "había hartos bastimentos, les diésemos guerra, porque más la "sentirían en sus casas que no en el campo, y que luego apercibiésemos á los tlaxcaltecas que se hallasen en ello." (2) Este acuerdo prevaleció con gusto del general, quien determinó "prevenir antes de ser prevenido," es decir, tomar la ofensiva antes de ser combatidos. En consecuencia se mandó decir á los seis mil tlaxcalteca del campo, que luego que oyesen un escopetazo cargasen sobre la ciudad y á fin de ser reconocidos durante la pelea se pusiesen torzales de esparto ceñidos á la cabeza. Aquella noche transcurrió para los blancos en la mayor ansiedad, los hombres con sus armas, caballos y artillería á punto, guardando el alojamiento con la mayor vigilancia; ninguno se movió en Cholollan.

(1) Bernal Díaz, loco cit.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

Al sonreír el alba del día que á nuestra cuenta fué mártes diez y ocho de Octubre, D. Hernando estaba á caballo rodeado de los soldados de su guardia; los castellanos y aliados en sus puestos. Llegaron los chololteca en gran multitud, é inmediatamente fueron introducidos en el patio del alojamiento; mas eran tantos, que á pesar de haber quedado apiñados dentro, muchos quedaron fuera. El patio cercado de tapias tenía tres puertas cada una al occidente, mediodía y norte. (1) Los hombres podían dificultosamente moverse en aquel espacio; las puertas fueron ocupadas por soldados: Cortés al ver el apresuramiento con que los chololteca venían, exclamó: "Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para se hartar de nuestras carnes! Mejor lo hará nuestro Señor." (2)

Aparentando estar listo para emprender la marcha, hizo llamar á los señores principales con pretexto de despedirse de ellos; no acudieron los cabezas, sino vinieron hasta treinta capitanes, á los cuales metió en un patio pequeño y les dijo: "Dicho os he la verdad en todo lo que con vosotros he hablado, y mandado he á todos los cristianos de mi compañía que no os hagan mal, ni se os ha hecho: con la mala intincion que teníades me dijistes que los de Tlaxcala no entrasen en vuestra tierra; y magüer no me habeis dado de comer, como fuera razon, no he consentido que se os tomé una gallina, y héos avisado que no me mintais; y en pago de estas buenas obras teneis concertado de matarme y á mis compañeros, y habeis traído gentes para que peleen conmigo, desde que esté en el mal camino por do me pensais llevar; é por esta maldad que tentades con certada, morireis todos, é en señal de que sois traidores destruiré vuestra cibdad, sin que mas quede memoria della: é no hay para que negarme esto, pues lo sé como os lo digo." Ellos se maravillaron, é se miraban unos á otros, é habie guardas porque no pudiesen huir, é tambien habie guarda en la otra gente que estaba fuera en los patios grandes de los ídolos para nos llevar las cargas. El marqués les dijo á estos señores: "Yo quiero que vosotros me digais la verdad puesto que yo la sé, para que estos mensajeros y todos los demas la oigan de vuestra boca y no digan que os lo levanté;" é apartados cinco ó seis dellos, cada uno á su parte, confesaron cada uno por sí, sin tor-

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XI.

(2) Bernal Díaz, cap. LXXXIII.

mento alguno, que así era verdad como el marqués se lo había dicho; é viendo que conformaban unos con otros, los mandó volver á juntar, é todo lo confesaron así, é decían unos á otros: "Este es como nuestros dioses que todo lo saben; no hay para que negárselo." El marqués hizo llamar allí los mensajeros de Mutezuma, é les dijo: "Estos me quieren matar, y dicen que Mutezuma era en ello, y yo no lo creo porque lo tengo por amigo, y sé que es gran señor, y que los señores no mienten; y creo que estos me querían hacer este daño á traicion, é como bellacos y gente sin señor que son, é por eso morirán, é vosotros no hayais miedo, que demas de ser mensajeros soislo de ese señor á quien tengo por amigo, é tengo creído que es muy bueno, é no bastará cosa que en contrario se me diga." (1) Atados los capitanes y sueltos los embajadores fueron metidos en unos aposentos con guardas: los dos sacerdotes denunciantes quedaron en libertad.

Tomadas estas disposiciones, fué disparado el fatal arcabuzazo. Al escuchar la señal, castellanos y cempoalteca arremetieron espada en mano contra los guerreros ó tamene del patio, en balde quisieron los infelices resistir, pues sorprendidos y agrupados, apenas pudieron valerse, intentaron trepar por las paredes, mas eran muy altas y sólo les servía para hacerse blanco de los arcos y de las ballestas, quisieron huir por las puertas y ahí los esperaban las picas y las espadas de los guardias: todos fueron pasados á cuchillo, quedando los patios cubiertos de cadáveres, encharcados en sangre y muchas entrañas desparramadas. Aunque sorprendidos y casi desarmados, acudieron al socorro los guerreros de la ciudad; pero aunque se adelantaron con denuedo, estrechados en las calles, fueron barridos por la artillería y los arcabuces. Escuchóse entónces á retaguardia el grito de guerra de los tlaxcalteca; la caballería, seguida de los peones, cargó réciamente cual sabía, desbaratando y mermando las filas contrarias; caidos la flor de los guerreros, privados de la direccion de sus jefes prisioneros, los esfuerzos tumultuosos de los chololteca fueron sin fruto, comenzaron á ciar, se subdividieron por las encruceijadas, y por fin, rotos y cubiertos de la sangre y del polvo de la pelea, fueron lanzados fuera de la ciudad. "Y dímosles tal mano,

(1) Relac. de Andrés Tapia, pág. 575.

"dice tranquilamente Cortés, que en dos horas murieron más de "tres mil hombres." (1)

Algunas partidas de guerreros se hicieron fuertes en algunos edificios y teocalli. Combatidos sin descanso, pegando fuego en todo lo que prendía la llama; de los defensores, quien no caía al golpe de las armas, parecía abrasado por la lumbre. A la hora del conflicto, acudieron presurosos los sacerdotes á romper el revestimiento de la pirámide, pero en lugar de los torrentes que debieran brotar, no salió una sola gota de agua. Tarde conocieron no debieron fiar en la mentirosa promesa del fementido Quetzalcoatl; preciso era acudir á las manos y menear con brío las armas. Papas y nobles se encastillaron en el templo de la pirámide, aquel era el relicario de los dioses, la joya reverenciada de los creyentes de Anáhuac; los dioses, si quiera por su honra, debieran hacer allí algun milagro. Atacados por blanco y tlaxcalteca, ofrecieronles la vida si se daban; uno sólo aceptó y fué bien recibido, los demas se negaron con desprecio y se defendieron bravamente. Ballesteros y arcabuceros tiraban á los hombres subidos en los árboles del atrio; pusieron fuego á las capillas del teocalli, y guerreros y papas que no prefirieron morir quemados, se precipitaron cabeza abajo desde la plataforma por no aceptar la compasion de sus enemigos. "Y era de notar, cómo los "sacerdotes se quejaban de sus dioses; lamentando lo mal que los "defendían; y uno en particular, en lo más alto del templo, decía: "*Tlaxcalla, Tlaxcalla, ahora vengas tu corazon, y Motecuhzoma "otro dia vengará el suyo.*" (2)

Los combates cesaron con el día, renovándose el siguiente, en los cuales tomó parte un refuerzo de veinte mil guerreros llegados de Tlaxcalla, al mando de Xicotencatl el mozo. (3) Vencidos los indios, quemados muchos edificios, castellanos y tlaxcalteca se entregaron al saqueo, pudiendo entenderse en el reparto con el mayor acuerdo; los primeros tomaron el oro, joyas y plumas preciosas; se apoderaron los segundos de mantas, bastimentos, sal de la cual habían mucho menester, con más cuantioso número de cautivos. El despojo alcanzado debió ser muy considerable, pues existían ahí

(1) Cartas de Relac. pág. 66.

(2) Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.—Muñoz Camargo. MS.

(3) Bernal Díaz, cap. LXXXIII—Relac. de Andrés de Tapia, pág. 576.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.

muy ricos mercaderes y la ciudad era poderosa: la puebla un tiempo santa y pacífica, quedó casi destruida y yerma, así á causa de la matanza, como por haber huido los moradores á guarecerse en los montes y pueblos de la comarca.

Continuaba el estrago cuando se presentaron á pedir misericordia algunos nobles y sacerdotes, asegurando no haber ellos tomado parte en la rebelion, y diciendo: que pues los culpados habían llevado el merecido castigo, cesaran ya aquellos desmanes. Cortés aparentó grande enojo, hizo venir á los embajadores méxica detenidos hasta entónces como presos, y en su presencia respondió á los suplicantes, que la ciudad merecía ser assolada por rebelde, mas por respeto á Motecuhzoma cuyos vasallos son, la perdona, que de ahí en adelante sean buenos, pues si lo pasado se repite morirán por ello. Diéronse en consecuencia órdenes para volver al alojamiento á castellanos y cempoalteca; los tlaxcalteca fueron mandados al campo, y si bien se les mandó dejar libres á los cautivos, sólo dejaron unos pocos. El refuerzo se retiró á Tlaxcalla harto de botin y de venganza, celebrando allá su victoria con extremados regocijos de bailes y cantos, sin faltar el sacrificio á los dioses, de los prisioneros chololteca. De los jefes chololteca, algunos fueron muertos en la prision; de los sobrevivientes, Don Hernando soltó á dos, después de reprenderlos agriamente, con encargo de ir á traer la gente huida: hicieronlo cual lo ofrecieron. "En obra de quince ó veinte días que allí estuve, "quedó la ciudad y tierra, tan pacífica y tan poblada, que parecía "que nadie faltaba de ella, y sus mercados y tratos por la ciudad, "como ántes los solían tener. (1)

No es fácil determinar el número de los chololteca matados, si bien debe admitirse uno considerable. (2) La razon para aquella

(1) Cortés, Cartas de relac. pág. 67.—Bernal Díaz, cap. LXXXIII.—Relac. de Andrés de Tápia, pág. 576.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. IV.—Gomara, Crón. cap. LX.—Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XL.—Diego Muñoz Camargo. MS.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84, MS.—Sahagun, lib. XII, cap. XI.—Códice Ramírez, MS.—Informacion recibida en México y Puebla, el año de 1565, á solicitud del gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla. México, 1875. Preguntas quinta, sexta y sétima, y págs. 53-81-114-152-159.

(2) Conforme al testimonio de Cortés, en las primeras dos horas murieron más de tres mil.—Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 84, avalúa la pérdida total en 5,000.—Gomara, Crón. cap. LX y Herrera, déc. II, lib. VII, cap. II, la elevan á seis mil.—